



CEL
CENTRO DE
ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS

CUADERNOS
del **CEL**



RECENSIONES E INFORMACIONES SOBRE PUBLICACIONES

RECENSIONES DE LIBROS

CABA, Sergio-Gonzalo GARCÍA (eds.), *Observaciones Latinoamericanas II*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile 2016, 259 páginas

Florencia Grossi

Historiadora (Universidad Autónoma de la Ciudad de México)
Maestría Estudios Latinoamericanos (CEL/UNSAM)

En los próximos días arribará desde Chile, en especial desde Santiago y Llanquihue, una nueva entrega del libro multiautoral *Observaciones Latinoamericanas*¹.

Ambos ejemplares, como anuncian sus editores en las “*Palabras iniciales*”, se presentan como documentos de estudio que buscan suplir las ausencias persistentes en el mundo académico en relación a la lectura y dilucidación del pensamiento latinoamericano. Estas ausencias se expresan en un “ahorro” de ideas –supuestamente justificado por la inexistencia del objeto de estudio–, y en la profundización del carácter escolarizante de la universidad, despojándola de todo pensamiento crítico.

Se puede afirmar, también en consonancia con los editores, que el proyecto tiene un claro perfil pluralista (el grabado de un hombre mirando por un calidoscopio se encuentra en la portada del libro), ya que el objeto de estudio, en este caso la tradición intelectual latinoamericana, así lo amerita. No obstante, se advierte un debate que enfrenta dos polos interpretativos. Por un lado, se opone a aquellas lecturas que subvaloran la problemática que implica la “copia irreflexiva” en las elaboraciones latinoamericanistas. Aquí el fin sería encontrar, en esa espinosa y recurrente reflexión, cuánto hay de original y cuánto hay de copia en la filosofía y pensamiento continental. Es más, auscultando un poco alguno de los escritos, lo que se puede concluir es que en realidad lo que hay que hacer es desplazar el interrogante, situarnos desde otro lugar, para repensar cuál/cuáles serían los nudos reflexivos que tenemos que abordar quienes pensamos la tradición latinoamericana. Por otro lado, algunos de los estudios presentados en el volumen buscan desplazarse de la “trampa identitaria y culturalista”, que se ha tornado en un obstáculo epistemológico para comprender dilemas frecuentes alrededor del desarrollo/subdesarrollo, la identidad, la cultura, el pensamiento o la filosofía.

¹ El primer volumen se editó en 2012, y cualquier interesado puede encontrarlo en el siguiente link: <http://es.slideshare.net/estudiantescel/observaciones-latinoamericanas-38707235>

Desde esta perspectiva, esta serie de lecturas indaga sobre obras y motivos *clásicos* de la tradición intelectual latinoamericana. Clásicos pero no por ello añejos o sin vitalismo. Si se puede releer y repensar tanto a los escritos canónicos como retornar sobre motivos, interrogantes y problemas nodales del pensamiento latinoamericano, es porque ellos no nos son indiferentes, y en muchos casos, nos permiten definirnos en el presente en relación o en contraste con los mismos. Vale aquí convocar la afirmación de Ítalo Calvino que aseveró que *“un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima”* (*Por qué leer a los clásicos*, 1993).

Aunque se pueden emprender diferentes travesías para leer un libro multiautoral, considero que un camino fructífero es nuclear los artículos en relación a dos conjuntos: a) los que buscan reflexionar sobre la problemática de la autenticidad, originalidad y/o existencia de la filosofía y el pensamiento latinoamericano, y b) los que abordan las distintas formas de comprender y digerir la “modernidad” (o antimodernidad).

El primer grupo inicia con el ensayo de José Santos, *“In-Dependencia filosófica en América Latina. Una tarea aún pendiente”*, donde se indagan y analizan las huellas de subordinación persistentes en el pensamiento continental. Para ello convoca el concepto de “pensamiento de referencia” acuñado por Roberto Bernasconi, quien señala que *“la filosofía europeo-occidental habría «acorralado» a las filosofías no occidentales”* a un lugar de deslegitimidad (p. 27). La “independencia” es un fin todavía no cumplido, que implica, en primer lugar, cuestionar el mismo concepto de filosofía.

En el mismo registro, que señala las carencias, se puede leer el artículo de Juan Miguel Chávez y Francisco Mujica, quienes enuncian que la ausencia de una sociología latinoamericana se debe al obstáculo epistemológico que implicó la primacía de los “discursos identitarios”. Esta prevalencia ha funcionado, podríamos decir, como un ancla que fijó a la disciplina a una pregunta: *“¿qué le falta a nuestra identidad para?”*. Los articulistas señalan, a su vez, que la inexistencia de una sociología propia da cuenta en realidad de una dependencia estructural formulada bajo el término de “modernidad inducida”. Hay un desfase entre pensamiento y “auténtica realidad”, América Latina genera *“un pensamiento disociado que se caracteriza por no coincidir con sus problemáticas fundamentales”* (p. 107).

Adriana María Arpini realiza una genealogía guiada en base a cuáles fueron las herramientas metodológicas que algunos pensadores utilizaron en la búsqueda de la originalidad en las ideas latinoamericanas. Su artículo presupone una disonancia con los otros autores; desde el vamos Arpini piensa que existe una filosofía propia. En su genealogía se encuentran dos “momentos bisagras”. El primero se puede localizar durante

la década del cuarenta en torno a las aportaciones de José Gaos para el estudio de la filosofía en México. El segundo momento tiene un arco temporal más amplio, se origina en relación al debate entre Augusto Salazar Bondy y Leopoldo Zea sobre la autenticidad de la filosofía y concluye con la producción de Arturo Andrés Roig en los años setenta y ochenta (p. 39). Aquí encontraremos los motivos clásicos antes señalados como punto de partida de una relectura fecunda. Se puede pensar, enlazado a éste, el artículo continuo de Roberto Luquín, ya que el mismo es un intento de ir más allá al preguntarse qué idea de la historia latinoamericana subyace al debate epistemológico entre Salazar Bondy y Zea. Aunque esta polémica ubicó a estos intelectuales en las antípodas, Luquín argumenta que tuvieron en común una misma filosofía de la historia que privilegió una mirada retrospectiva sobre el pasado. Esta postura sólo podía brindar una interpretación negativa sobre el interrogante alrededor de la autenticidad. Para el autor la pregunta en realidad siempre estuvo mal formulada, y esto nos llevó a entablar una relación “inmerecida” con nuestro pasado intelectual (p. 84).

Aunque el estudio sobre la figura de Sergio Vuskovic se presenta como un “estudio de autor”, también es posible leerlo como una variante heterodoxa de las relaciones entre el marxismo latinoamericano y los motivos clásicos. En oposición al estructuralismo althusseriano de los años sesenta, Vuskovic recrea un marxismo humanista situado en la experiencia del gobierno de la Unidad Popular. El “halo utópico” que sobrevoló sus ideas construyó un marxismo democrático que se opuso a las experiencias totalitarias y buscó inscribir su horizonte humanista en la tradición latinoamericana (p. 240). Finalmente, el artículo *“Los estudios étnicos estadounidenses y el sistema universitario global occidentalizado. Una mirada descolonial”*, permite pensar una analogía sobre cómo funciona la propuesta descolonial en la universidad como crítica de lo que el autor denomina una “epistemología eurocéntrica”. Con este ensayo, retomando la imagen del calidoscopio que observa el mismo objeto pero desde diferentes vetas, se puede cerrar el primer conjunto de artículos.

Una interpretación original sobre las contradicciones de la modernización y las características de la modernidad se puede hallar en el artículo de Bernal Herrera sobre Costa Rica. En contraposición a una perspectiva que opone de manera simple modernidad y periferia, el autor sostiene una propuesta que señala desarrollos desiguales y combinados en ambos polos. En particular, Costa Rica sería un ejemplo de “modernidad ambivalente” (p. 152): se percibe así misma como moderna en relación al resto de los países de Centroamérica y como periférica en comparación con Estados Unidos y Europa. La modernidad es una característica relacional, la periferia no solo acuña una recepción pasiva,

sino que contribuye a la creación de prácticas asociadas a la misma. Allí debemos detener nuestra mirada.

Dos escritos más acompañan las ansias de pensar la dupla América Latina/modernidad. Marcelo González propone sumar catolicismo a esta dupla para construir un tríptico que disloque esta relación y avizore nuevas propuestas hermenéuticas. El desplazamiento busca pensar cómo la influencia del catolicismo y la religión actuaron en los desajustes/diferenciaciones de América Latina respecto del curso dominante de la modernidad (p. 170). La búsqueda analítica se basa en un exhaustivo estudio de la categoría de *ethos* y en las propuestas de Cristian Parker (cultura y religión popular) y Bolívar Echeverría (*ethos* barroco). El artículo, además, permite estudiar la génesis y variación de importantes categorías de análisis. Andrés Kozel, por otro lado, convoca una lectura singular de Ezequiel Martínez Estrada, donde se estiman sus disposiciones críticas y una “latinoamericanización de la mirada” (p. 214). En esta exploración se pueden encontrar críticas a la experiencia de modernidad. Pero para ello el lector tiene que agudizar su oído porque las mismas están expresadas con sordina y sólo son localizables en el “*ámbito de lo apreciado y de lo deseable*”. Incluso, en este ámbito, no sólo se halla la crítica a la modernidad si no también la posibilidad de que la experiencia latinoamericana albergue una propuesta de futuro para una civilización occidental en crisis. Leer un clásico de la cultura intelectual argentina desde la perspectiva del latinoamericanismo devela riquezas antes invisibles.

Como proclaman los editores enfáticamente, con esta nueva entrega de *Observaciones Latinoamericanas II*, se da un paso más en la descolonización del conocimiento desde América Latina.